

considera útil puede ver como el P. Granada, en el libro II y III de su *Retórica*, lo trató con tanto provecho para los predicadores. Y así sobre el particular podemos establecer esta

Regla general. Lo mejor es meditar profundamente el asunto que se ha de predicar, ver las relaciones que tiene, singularmente considerarlo bajo el punto de vista que lo vamos á tratar; fijarnos bien en sus principios, y determinar bien las consecuencias prácticas que intentamos, y así evitaremos generalidades, divagaciones fastidiosas y pérdida de tiempo. Los estudios citados serán *fuentes inagotables de invención*.

LECCIÓN V.

Necesidad de la elección de materias.

55. «La mayor parte de los hombres que componen hoy día la sociedad de Francia, cualesquiera que sean sus luces sobre otros puntos, no tienen más que conocimientos muy superficiales y llenos de preocupaciones sobre la Religión: ignoran hasta sus elementos, y no saben más que las objeciones y las blasfemias vomitadas contra de ella. Aquellos mismos que la aprendieron en otro tiempo, hallando en sus máximas y en sus prácticas la condenación de su vida desarreglada, procuran olvidarla, no creerla, y concluyen por lograrlo. Hay más: un gran número de fieles, aún entre aquellos que frecuentan los Sacramentos, ignoran las verdades cuyo conocimiento es necesario, sea de necesidad de precepto, sea aún de necesidad de medio.» Esto se atrevió á estampar un escritor francés y no hace muchos años; mas él no hizo sino copiar lo que Frayssinous, Fleury y otros franceses dijeron, y aún mucho antes el mismo Bossuet. Mas ¿qué nación ni república en más ó menos escala no se encuentra en el mismo estado? Aquellos

errores, aquella impiedad, aquellas objeciones, aquel satánico furor contra la divinidad de Jesucristo Señor Nuestro, por todo el mundo ha ya circulado, y por ende toda clase de vicios y pecados. ¿Y podremos ya, en vista de tantos males, dudar de las materias que hemos de elegir para la predicación? ¿Y es posible que haya oradores que como que no hubiese cosas de tanto interés que tratar, y viendo los linderos tan marcados, se atrevan á penetrar en terrenos pedregosos y resbaladizos, asuntos curiosos, atrevidos y novelescos, comprometiendo sus enseñanzas y dando lugar á una apasionada crítica?

56. No quiero privarme del placer de reproducir aquí esas hermosas líneas del Sr. Bravo en su *Elocuencia cristiana*: «Pocas veces estas advertencias, esparcidas en diversas obras de reconocido mérito y nombradía, dice este autor, han de ser más oportunas que en nuestros días, no porque haya ministros que, desconociendo su misión evangélica, lleven al púlpito puntos de doctrina sospechosa, sino porque las pasiones sobreexcitadas han llegado á viciar la atmósfera en que respiramos, porque hasta de lo más inocente se saca partido en nuestros días para combatir la Religión, y toda precaución es poca para no dejarse arrastrar por la corriente que á todos nos empuja, y de la cual queremos que se salve, más que otro alguno, el ministro del altar. ¿Qué sería de la sociedad, qué sería del mundo, si el sacerdocio católico, *alucinado ó seducido*, no pudiese salvarse del común naufragio? Corran los hombres en buen hora en pos de una felicidad que sueñan, de una libertad mentida que se forjan, de un progreso que no lo es; el sacerdote, con el Evangelio y la cruz en la mano, debe hablar el mismo lenguaje que ayer, predicar la misma doctrina, porque la verdad no es más que una, y él es el depositario único de la verdad: *Christus heri, et hodie: ipse et in secula*. (Hebr. XIII). Si no todos comprenden sus intereses, si no todos ven la luz, la luz se abrirá paso á pesar de los desesperados esfuerzos del inferno, y llegará día en que la doctrina evangélica penetre del mismo modo en todos los corazones, y se apodere por completo de todas las voluntades.»

57. No hay que dejarse engañar del amor propio y de una vana complacencia; deben elegirse los asuntos que puedan ser más provechosos á los oyentes, sin que ninguna mira temporal nos aparte de nuestra recta intención, ya desde un principio. «Ante todo debe cuidar el orador, dice Quintiliano, de que el deseo de la presente alabanza, como sucede á los más, no le retraiga de atender á la utilidad de la causa.» Y según San Juan Crisóstomo, el amor de la vana gloria enerva en gran manera nuestro espíritu, y nos esclaviza á los caprichos del auditorio en lugar de combatirlos: *Et nos frigide ac misere vestros affectus sequimur quos excindere oporteret.* Somos como los padres que dan á sus hijos enfermos golosinas nocivas, en vez de medicinas amargas, pero saludables; esto hacemos nosotros cuando os predicamos, no para instruíros, no para excitaros á contrición, no para mejorar vuestras costumbres, no para aprovecharos, sino para halagaros, para causaros admiración vana, para agradaros, para arrancaros aplausos y alabanzas: *Ut cum plausu et laudibus discedamus, non ut mores componamus,* así se expresa este Santo Doctor.

58. ¿Y es esto buscar la gloria de Dios? ¿Es esto buscar la salvación de las almas? ¿Qué fin tenían las predicaciones de San Pablo? *Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum.* (II Cor. IV). Y ¿cómo las ejercitaba? *Neque enim fuimus in sermone adulationis, neque in occasione avaritiæ, nec quærentes ab hominibus gloriam.* (I Thes. II). Jamás predicó movido de la adulación, avaricia ó gloria mundana. El predicador que en vez de atraer las almas para Jesucristo, á fin de que le conozcan y le amen, sólo trabaja para hacerse amar él mismo de estas almas, á este tal le llama San Crisóstomo, traidor culpable y desgraciado: *Miser et infelix proditor!* profana la santidad de su ministerio con una sórdida ganancia. *Soli Deo honor et gloria,* grita el Apóstol. «Predica, pues, á la plebe del Señor, y ruégales que abunden en buenas obras, y renuncien á sus maldades, se exclama San Ambrosio: *Admone igitur plebem Domini, atque obsecra ut abundet in operibus bonis, renuntiet flagitiis.* Ni cabe la menor duda que tales han de ser las materias de nuestros discursos. San

Ambrosio, San Agustín, San Crisóstomo, San Gregorio y los demás Santos Padres, ¿qué predicaron? ¿cuáles fueron sus continuas materias en el púlpito? Registremos sus obras, y quedaremos convencidos de esta verdad. ¿No es San Agustín que no cesa con fervor de clamar contra un abuso de su pueblo, y sin contentarse de las lágrimas de su auditorio, no pára hasta extirpar aquella mala costumbre? ¿No es el Crisóstomo aquel orador popular que, conmoviendo los auditorios, sin entenerse en vanas especulaciones, va recto al corazón, y antes de partir á su destierro, decretado por las iras de la emperatriz Eudoxia, cuyos excesos reprendía, dice á su pueblo, que con entusiasmo le rodea: «Yo desprecio las amenazas y las caricias del mundo. Yo no deseo vivir sino para vuestra utilidad?» Ved las reglas que sobre el particular nos legaron los Santos Padres: siempre con una noble independencia y santa libertad anunciaron las verdades de nuestra santa Religión, é inculcaron sin temor á los pueblos, lo mismo á los grandes que á los pequeños, sus santos preceptos, y les intimaron con aquella autoridad de que les revestía su augusto ministerio, todos los juicios de Dios: los premios y los castigos. Jamás ocultaron á los fieles, por más que les desagradasen, las austeras verdades del Cristianismo, tan opuestas á las máximas del mundo. Y notemos de paso aquel buen sentido que les guiaba en la elección de materias para hacer provechosa su predicación. Haber obrado de otra manera lo hubieran considerado como una traición á la gloria de Dios y á la salvación de las almas.

59. Cuando hay grandes concursos, compuestos de individuos de muchas clases de la sociedad, de índole muy diferente, cuyas necesidades son bien diversas, y entre los cuales los hay dominados de vicios opuestos, enfermedades especiales que necesitan particulares tratamientos, es claro que podría temerse que dañe á unos lo que á otros aproveche, si el predicador no anduviese con mucho tino usando de mucha discreción y prudencia. Entonces, para evitar escollos tan peligrosos, no hay como la caridad, dice San Gregorio, que paciente y benigna guiará en esta difícil empresa á los que estén de ella inflamados; como la madre que guía-

da del amor remedia con grande acierto las necesidades de todos sus hijos, párvulos ó adultos, sanos ó enfermos. Y el Santo con un bello símil explica cómo el predicador con una sola doctrina puede de diversas maneras instruir á sus oyentes, como con un instrumento músico que con el mismo plectro, aunque no del mismo modo, se pulsan todas las cuerdas y producen armonía: *Unde et doctor quisque ut in una cunctos virtute charitatis edificet, ex una doctrina, non una eademque exhortatione tangere corda audientium debet.*

60. Mas desaparece esta dificultad desde el momento que el predicador ha de dirigir su palabra exclusivamente á determinadas clases de una misma profesión, instituto ó análogas aspiraciones, á personas eclesiásticas, religiosas; á militares, ó abogados, ó jueces; á hombres sólo, ó únicamente mujeres; á Cofradías, ó Congregaciones terciarias, Círculos católicos, á Sociedades católicas de obras de beneficencia. Este género de instrucciones es muy provechoso, porque se puede insistir mejor en el fin propuesto, supuesto que aquella determinada clase de personas tiene una misma aspiración, y los mismos sentimientos que motivan aquella unión entre ellos. Los Santos Padres ejercitaron mucho este género de instrucciones: á las vírgenes, á los confesores, á los mártires, á las viudas, á los sacerdotes, á los magistrados, etc., como San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, San Bernardo y otros.

61. Pero todo esto no basta todavía: es necesario fijar bien la atención en el método que los Padres de la Iglesia empleaban en sus discursos, porque el buen éxito de la predicación depende en gran manera del orden y conexión que guardan entre sí las verdades de nuestra Religión. «Quien hoy predique de la limosna, decía el Crisóstomo, mañana de la oración, otro día de la misericordia y otro día de la modestia, pero saltando sin discreción de uno á otro asunto, difícilmente logrará que sus instrucciones se arraiguen en el ánimo de los oyentes. El predicador, añade, debe imitar á los maestros de escuela, quienes no enseñan á los niños á formar sílabas, sino después de haberles hecho conocer bien las letras.» Podemos concretar todo esto en esta bellísima

regla de San Ambrosio: *Præceptorum seriem formare debemus*: Todos nuestros discursos deben formar una serie de instrucciones.

62. Y esta regla debe principalmente tenerse presente en las Misiones, porque así como cuando quiere tomarse una plaza fuerte se disponen los cañones en el número, orden y lugar conveniente, según su mayor ó menor calibre, así también el misionero debe ordenar sus sermones de manera que el uno apoye al otro, por la afinidad de materias, fuerza de argumentos, para rendir los corazones rebeldes. El primer sermón mueve, el segundo remueve, el tercero inclina, y así sucesivamente se va ganando terreno; un sermón apoya al otro, y lo que no alcanza el cuarto lo alcanza el quinto. Esto es cosa muy práctica en las Misiones, y sabida de todos los misioneros experimentados. Es muy necesario saber ordenar las materias que se han de predicar, estudiando los puntos de relación que tienen entre sí, para reforzar el ataque general, dirigidas todas á un mismo fin. Obrar lo contrario resultarían sermones aislados, fuera de ningún plan. Se ha de procurar que haya tal encadenamiento de asuntos, que el sermón posterior se desprenda natural ó espontáneamente del anterior, y por esto cuando por circunstancias especiales hay que predicar sermones que parecen extraños ó heterogéneos del plan general, entonces por medio de una feliz transición en el exordio, fácilmente el sermón anterior se enlaza con éste, y se hace ver su necesidad. Estas series de sermones fueron muy practicados de los Santos Padres, cuando por un fácil y brillante método expositivo iban ordenadamente instruyendo á los fieles en las verdades de los Libros Santos. «¡Oh cuán saludables y copiosos frutos produciría nuestra predicación si restaurásemos el método racional y sólido, que siguieron los oradores clásicos de la antigüedad cristiana! ¡Si explicásemos la Religión desenvolviendo á la vista del pueblo fiel su divino sistema, haciéndole percibir sus armonías y sus dulzuras!» Así se expresa el P. Martínez en su recomendable obra de Elocuencia, que toda ella respira aquel suave aroma de los Padres de la Iglesia, de aquella antigüedad veneranda. Aprovechando ciertos tiempos del año, como Cuaresmas,

Advientos, meses de Mayo, pueden muy bien formarse cursos de sermones sobre los dogmas, moral, doctrina cristiana, y bellezas de nuestra santa Religión; así como aprovechando las novenas pueden explicarse las bienaventuranzas, las siete peticiones del *Padre nuestro*, etc.

63. Sería inoportuno y hasta injurioso reprender desde el púlpito crímenes y vicios de los cuales está exento el auditorio; como condenar errores y herejías de los cuales tal vez ni siquiera tienen noticia, si estas invectivas contra el vicio y el error no las excusara un peligro inminente de perversión, de contagio que amenaza á la grey de Jesucristo, ó el deseo de estimular á los presentes á no imitar las malas costumbres de los ausentes, como vemos que con frecuencia practicaron San Crisóstomo y San Agustín. Por ejemplo se lamentaban de la conducta de los cristianos que no asistían á los sermones, lloraban por los que no veían presentes, y reprendían con fervor tales descuidos. A primera vista esto parecería inoportuno, pues ni los presentes lo habían menester, ni los ausentes podían oír. Pero ya lo he dicho, era para preservar á los buenos; y también «para que mis instrucciones, deciales San Crisóstomo, lleguen por vuestro medio al oído de los que no asisten.» En su célebre sermón de los espectáculos: *Ad circenses ludos*, cuando ve llorar sin consuelo al auditorio de Constantinopla ante su terrible conminación, adolorido el célebre orador, se vale de esta admirable precaución oratoria: «Este amargo llanto me prueba que ninguno de vosotros ha asistido al circo, y que no están entre vosotros los culpables.» La misma razón de obrar de esta manera tenía San Agustín: *Loquamur et cum absentibus: erit ad eos vox nostra memoria vestra*. Aprendamos de tan consumados y elocuentes maestros.

64. Aunque es grande la obligación de instruir, debe evitarse con todo cuidado todo aquello que fácilmente podría turbar á los fieles poco instruídos, y serles motivo de escándalo, como son los misterios de la predestinación, de la gracia, las doctrinas con ellas relacionadas, cuestiones dudosas, ó sutiles, objeciones no conocidas de los oyentes, inexactitudes en el dogma y la moral, exageraciones peligrosas, sobre todo acerca la dilación en convertirse. Hallándose un

día Massillon en casa de Crozat, éste le dijo: «Padre, vuestra moral me espanta; mas vuestro modo de vivir me asegura.» Y así estos puntos tan delicados requieren mucha prudencia para bien manejarlos; pues no es lo mismo, dice San Agustín, escribir un libro en que pueden tratarse cosas arduas y explicarlas, y el predicar, que no siempre tiene tal oportunidad. Y así el Santo establece estas tres reglas: 1.^a Los oradores deben abstenerse de predicar tales doctrinas cuando no hay necesidad; 2.^a Mas si la hubiere, por exigirlo así los intereses de la verdad, ó el de los fieles expuestos á caer en algún error, debe la verdad predicarse con toda claridad, para que las almas no reciban algún daño; 3.^a Pero en estos casos se procure examinar la doctrina de tal manera que sea como leche para los párvulos, y como alimento sólido para los adultos: *Et parvulis lac, et grandibus esca sit*. Esto que se acaba de manifestar sobre la acertada elección de materias, como se acaba de ver, es de suma trascendencia para el buen acierto en la predicación.

65. *Y aunque se hayan elegido verdades las más importantes del Cristianismo, no basta; es preciso predicarlas como palabras de Dios, y no como doctrina del hombre*. Antes de todo debemos establecer este principio de Santo Tomás: «Que entre las verdades reveladas hay algunas, que pueden ser conocidas por la razón, aunque no tan perfectamente y con tanta seguridad como se conocen por la fe.» Por tanto, nosotros podremos formar un discurso cuya doctrina sea cristiana, en cuanto sus verdades forman parte de la revelación, pero que al mismo tiempo no pase de ser un discurso humano como cualquier otro; ya porque las verdades en él contenidas se hayan sólo conocido por la razón, y ya también por la forma enteramente humana con que se presentan, cual cuestión meramente filosófica: no dudamos que tales composiciones leídas en una Academia podrán tener sus aplausos, tales discursos como tratados científicos tendrán su mérito, pero en los labios del predicador del Evangelio siempre serán inoportunos y dignos de severa reprensión; involuntariamente se ofrece á nuestro espíritu aquel sentido texto de Jeremías: *Me dereliquerunt fontem aquæ vivæ, et foderunt sibi cisternas, cisternas*

dissipatas, quæ continere non valent aquas. (Jer. II). Dejan de beber tales predicadores en las fuentes vivas de la divina revelación, y se fían y complacen en la exigua capacidad de su tan limitada inteligencia. ¡Cuánta luz arrojan estas verdades para comprender la causa por que muchos sermones modernos, á pesar de tanta erudición, hacen tan poco ó ningún fruto en las almas!...

66. Dejemos ahora hablar aquí al citado Dr. Martínez, el cual se expresa de esta manera: «Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la Religión, debe anunciarla al pueblo fiel tal cual es ella en sí misma; mas si se contenta en recoger algunas verdades especulativas y prácticas en el campo de la razón humana... la mayor fortuna á que podrá aspirar es, á que le conozcan como intérprete de la razón, pero no podrá honrarse con el título de embajador de Jesucristo: *Pro Christo ergo legatione fungimur.* (II Cor.). Ved ahí el estado á que se han rebajado los predicadores protestantes; porque erigiendo en autoridad el espíritu privado, han naufragado en la fe, han negado el dogma, y se han quedado sólo con una doctrina y moral humanas, por lo cual es imposible que sean elocuentes. Y este es el motivo de la superioridad real de los predicadores católicos sobre ellos. Pero la desgracia está en que la doctrina protestante, desenvuelta hasta sus últimas consecuencias por la filosofía naturalmente racionalista, ha inundado los países católicos; y muchos verdaderos fieles participan de su funesta influencia, sin quererlo, sin conocerlo, sin sospecharlo siquiera; porque no dudamos asegurar que á esta influencia debe atribuirse en gran parte el fenómeno de que muchos cristianos, conservando íntegras sus creencias, no gustan que se les predique del juicio, del infierno, y de otras verdades, aterradoras, sí, pero muy saludables, que en tiempos más felices para el Cristianismo eran el tema constante de los predicadores. Gustan de oír la verdad especulativa y las reglas de los deberes, porque esto sólo habla al entendimiento, que nunca desecha la verdad conocida sin hacerse grande violencia; pero si se les anuncian las amenazas y los castigos con que el Señor ha sancionado su ley, se resisten, porque esto estrecha dema-

siado al hombre, toca vivamente al corazón, le impulsa á practicar la virtud y huir el vicio; y al hombre, repetimos, no le pesa oír la verdad; lo que le repugna es practicarla. En suma, mientras que el predicador habla sólo en nombre de la razón, la de sus oyentes está acorde con una doctrina que no es superior á sus alcances, y que no tiene ni más autoridad ni más sanción que la sanción y autoridad humanas; pero cuando se le habla en nombre de Dios, cuya autoridad no se puede eludir, murmuran como los discípulos: *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?*»

67. El predicador debe hacerse cargo de su ministerio sagrado y del lugar elevado que ocupa, y en manera alguna debe hacer caso de los caprichos de un auditorio que acude ansioso de oír novedades, ni de los sabios según el mundo, que no hablan sino de progresos y civilización, y consideran la Religión como á contraria suya. «El predicador, ha dicho el abate Mullois en su *Curso de Elocuencia Popular*, el predicador tiene tras de sí diez y ocho siglos de ciencia y de virtud que han creído lo que él dice..., más de diez millones de Mártires que han muerto para atestiguar la verdad de lo que él dice, y por sobre todo esto la gran voz de Dios que le grita: *Habla, habla, no tengas miedo, yo estoy contigo: Loquere, noli timere, ego tecum sum.*» Hemos de hablar y convertir con la palabra de Dios y no con la filosofía; con esta divina palabra hemos de arrancar, destruir y derribar los vicios, y con ella hemos de edificar y plantar virtudes: *Ecce dedi verba mea in ore tuo... ut evellas et destruas, et disperdas et dissipas, et ædifices et plantes.* (Jerem. I). Esa manera humana de predicar la condenaron los Santos Padres. «Esos oradores, dice San Agustín, no predicarán cosas malas: *Non quidem iniqua dicuntur*; pero harto mal es predicar al pueblo cristiano una doctrina pobre y sin importancia con gran aparato de palabras: *In populo gravi... exigua et fragilia bona spumeo verborum ambitu ornantur.*» Es de oro esta sentencia: «La elocuencia que agrada al siglo no alimenta la fe;» y «No es extraño, dice San Isidoro, porque los que van á oír tales discursos buscan el placer que resulta de una composición estudiada, no la verdad de la doctrina.» Sin espíritu de Dios,

sin ciencia de las Sagradas Escrituras, ¿qué serían tales predicadores? San Jerónimo lo ha dicho, por más dura que sea la expresión: «Serían unos declamadores y unos charlatanes: *Declamatorem esse et rabulam, garrulumque sine ratione.*» Y la censura del Nazianceno es aun más severa: «Con sus discursos meramente humanos, dice, convierten el templo en una academia, y quiera Dios que no pueda decirse en un teatro.» «La fe, dice San Ambrosio, no se afirma con discursos filosóficos ó propios del foro, sino con la virtud de Dios, que sólo se encuentra en la predicación del Evangelio.» «¡Por cierto que sería Dios bien pobre, añade el Nazianceno, si la fe fuera patrimonio exclusivo de los eruditos!»

68. Detestemos predicar sermones puramente humanos, que rebajan además el vigor de la elocuencia cristiana, y comprendan los oyentes que nosotros les hablamos verdaderamente de Dios, y les traemos sus órdenes y sus consolaciones, y todo esto debe ser con espíritu, con energía, con acento de convicción; este acento es una mezcla de fe, energía y caridad, que es la verdadera elocuencia de que debe estar animada la predicación evangélica. «Este acento de convicción, dice Mullois, es la magia de la palabra... Lo que hace que uno ya no discute, que ya no hace más atención al hombre que habla, que ya no cuida de nada sino lo que él dice... ó mejor á lo que dice Dios.» Despreciemos esa elocuencia puramente humana contraria á la evangélica, destituida de toda energía, convicción verdadera y soplo divino, llamada muy acertadamente por Nicole: ELOCUCIA ANODINA. Si se lee el tan decantado sermón de la *Caridad*, por el abate Boismont, predicado en París en 1782, con ocasión del Establecimiento Real para eclesiásticos y militares enfermos, probablemente esa lectura, hace observar el Sr. Martínez, embelesará á los inexpertos alumnos; no importa, tanto mayor y duradero será su desengaño si á continuación leen otros discursos cristianos sobre la caridad en los Santos Padres. Esta composición del abate Boismont ha recibido de algunos grandes elogios; pero la verdad es que, como oración sagrada, merece severa censura. Se conoce bien que su autor había descuidado en su juventud el estu-

dio de las Sagradas Escrituras y Santos Padres: así lo dicen su biógrafo Auger, y su sucesor en la Academia M. Routhiere. «Nadie negará, continúa el P. Martínez, el gusto y buen juicio de Blair como didáctico; á la vista tenemos la colección de sus sermones (publicada en cinco volúmenes), y son discursos frios que no interesan al corazón: las materias de que trata bastarían por sí solas para ahogar la elocuencia del orador, y no hay más que recorrer los índices para convencerse de ello: Sobre la dulzura;— de los deberes de la juventud;— de los deberes y consuelos de la vejez;— de las ventajas del orden;— sobre el candor;— sobre la sensibilidad. Estos y otros parecidos asuntos en que se ocupó Blair ¿podrán ser nunca el objeto de la predicación evangélica? ¿servirán de pábulo á la elocuencia sagrada?»

69. Aquí se ofrece una gran cuestión práctica y de mucha trascendencia hoy día, que de ninguna manera podemos pasar por alto antes de conducir esta lección, como á muy interesante para los predicadores del Evangelio. ¿Debe el orador cristiano rehuir toda idea filosófica ó científica ó política? A primera vista la resolución del caso podría parecer difícil; pero una buena dosis de sentido común de parte del pueblo, y la caridad, ciencia y experiencia de parte del ministro de Dios, resuelven perfectamente la cuestión. Hagamos esta sencilla reflexión: todos los intereses materiales, en cualquier orden que sea, están subordinados á la ley de Dios, y el predicador, que es el intérprete de esta ley, el órgano de Dios, debe siempre manifestar los extravíos de la razón y del corazón humano, sea en el individuo, sea en la sociedad, porque tanto uno como otra, con todos sus códigos de leyes, han de estar subordinadas á la ley eterna de Dios y ser conformes á ella: las naciones cristianas han de estar además sujetas al Santo Evangelio de Jesucristo que profesaron, y en cuya defensa tanta sangre derramaron sus hijos. Por consiguiente, ¿será obligación del sacerdote defender esta Religión de la cual es su augusto ministro? ¿le será lícito descubrir todos los fraudes, mentiras, calumnias y arteras mañas de que se vale el inferno para destruirla? Y venga de donde viniera el enemigo, ¿no

le será lícito á la Iglesia de Dios gritar contra el lobo, dar el grito de alerta, á fin de que no se disperse su grey? ¿Estará obligada esta Madre querida á mirar impasible y con ojos enjutos la perdición, el degüello de sus hijos en las garras del lobo? Jamás. Para nosotros está resuelta la cuestión.

70. Sin embargo, tratándose de humana política, esto ya es otra cosa. Jamás nos ha parecido ni prudente, ni acertado, ni juicioso que el orador sagrado se meta en el púlpito á tratar de soluciones políticas y formas de gobierno determinadas, porque esto además de desacreditar nuestro sagrado ministerio, encona en gran manera los ánimos de aquellos que no son del mismo parecer, y se valen áun de este pretexto para no oír la divina palabra y continuar en sus vicios y pecados. Este punto es muy delicado, sobre todo hoy día que los enemigos de la Iglesia ya han gastado esta frase de puro repetirla: «Los sacerdotes se meten en política.» Si piensan que con esto van á cerrar la boca del sacerdote, para que como perro mudo calle y no intime á los hombres las eternas verdades y les enseñe sus deberes, van del todo equivocados; pero sí que esto debe hacernos muy prudentes para bien de las mismas almas, pues todas tienen derecho á nuestras instrucciones, y para todas ha de ser nuestra caridad, mucho mejor cuanto más necesitadas, á ejemplo del Buen Pastor. Celosos predicadores ha habido que, por no haber hecho atención á estas reglas, han malogrado el fruto de sus sermones. Y si áun á predicadores, á experimentados misioneros de largos años en su santo ministerio, que usaron lo sumo de la prudencia sobre el particular, la maligna crítica impía tergiversaba sus sermones para acusarlos, *ut caperent in sermone*, como á Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué será para el que imprudente en el púlpito meta sus pasos en este terreno de la humana política, de suyo tan peligroso y resbaladizo? «Un predicador, dice el Dr. Martínez, que tratase estas cuestiones desde las tenebrosas y estrechas honduras de las opiniones humanas, profanaría su ministerio, excitando la indignación de los fieles sensatos, que no presenciarían sin rubor el triste espectáculo de un orador sagrado convertido en un declama-

dor político. Sin embargo, el gobierno de los hombres y la ciencia de este gobierno tienen bases establecidas por Dios y leyes dictadas por El mismo: señalar á los reyes y á los pueblos esas bases inmutables y explicarles tan sapientísimas leyes, alguna vez es conveniente, y otras necesario: así fué que los Santos Padres se ocuparon á menudo en la exposición de la verdadera ciencia política; y esto lo hicieron no sólo en tratados científico-religiosos que no destinaban para el púlpito, sino también predicando á los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo; unas veces exponiendo el Santo Evangelio, ó las Epístolas de San Pablo, y otras explicando los planes de la Divina Providencia, ó vindicándola de las acusaciones de los infieles y de los herejes, ya consolando á sus oyentes amenazados de sufrir los castigos impuestos por la justicia humana, ora para hacer entrar en el orden á pueblos agitados por conmociones públicas, y con otras mil ocasiones.» Cuando, pues, haya necesidad de tratar tales materias, los Santos Padres deben servirnos de modelo con su prudencia, su tacto exquisito, su celo por la salvación de las almas; pero jamás ni la humana política, ni cuestiones filosóficas, ó materias científicas ó puramente humanas, jamás, repito, han de ser el fin de nuestra predicación, porque esto sería olvidar y renegar de nuestro ministerio. Un oyente instruido podría decir: Tengo Academias, frecuente Liceos; sé mejor que tú esta cuestión de física, de política, de bellas artes, de historia, de literatura; yo sólo he venido á oír la palabra de Dios. Afirmamos antes de concluir, y no podemos desconocerlo, que todos estos ramos de la ciencia humana en casos determinados pueden embellecer, ilustrar más un sermón; pero todo esto está muy lejos de que jamás pueda constituir el fondo ó la forma de la predicación evangélica. Dirija el orador cristiano su mirada oportunamente al campo de la ciencia humana, pero sin abandonar jamás la elevada esfera de la revelación, sin descender jamás al campo turbulento de las pasiones humanas, como el sol que envía los rayos de su luz á todos los confines de la tierra, sin descender de sus alturas. Que nuestra palabra sea la verdadera palabra de Dios que no admite opiniones humanas, ni discusiones filosóficas para su eficacia,